

DOMINGO

revista del

MACQUANTARI



Por primera vez, expedición intenta cruzar Tierra del Fuego en motocicleta.



TRAVESÍA ASOMBROSA: Cortando troncos y superando turbulentos portezuelos, comenzamos nuestra aventura por esta zona semivirgen, conocida por escasísimos chilenos.

IA CRUZAR TIERRA DEL FUEGO!



Tragamos barro. Sudamos gasolina. Para abrir el paso a un futuro rally de motocicletas vivimos una expedición de locura por esta tan desconocida isla.

Reportaje de Ricardo Astorga

Hans Niemayer dirige la única expedición conocida que cruza Tierra del Fuego, hace una década. Nos propusimos imitarlo, en motocicleta.

Nuestra travesía partió en la persistente idea de *Pedro de Aretxabala*, organizador del Rally Austral de Puerto Williams, que se realiza en febrero de cada año. Pretende transformarlo en un asombroso cruce de Tierra del Fuego. Vinieron estudios y sobrevuelos, libros y mapas.

Finalmente, a terreno.

Aparte de *Revista del Domingo* y *Pedro de Aretxabala* (37), se aventuraron *Claudio Bustamante* (30), gerente de *Solo Moto* y experto mecánico; *Renato Chandía* (30), motociclista y sargento de ejército; y los camarógrafos *Alejandro Mansilla* (27) y *Marcelo González* (24), este último viajaría a caballo. Guió la expedición el único capaz de hacerlo: *Reinaldo Catalán* (60), baqueano de esta tierra casi desconocida.

Viajamos en tres motocicletas *Honda* (200, 250 y 350 centímetros cúbicos) y dos *Suzuki* de 400. Auspiciaron la travesía *Shell*, *Honda Tecfin* y *Ladeco*. Por su parte, *El Mercurio*, Armada de Chile y la Fach colaboraron sin exigencias ni limitantes. (RAB)

¡¡¡Cuidado!!!
Apenas escucho el grito de advertencia. Tardío, inútil. La pesada motocicleta despega por los aires directo hacia el precipicio.

Con ella vuelo yo.

Siento el palerío golpear el casco; varios troncos taponan mi caída, amenazan transformar esta notable aventura en una estúpida tragedia.

Saliendo desde Estancia Vicuña, ubicada en el centro de la gran isla, pretendemos alcanzar en tres días Caleta María, traspasando el lago Deseado y el Fagnano; luego, en cuatro jornadas más, escalar hasta bahía Yendegahia en el canal Beagle (ver mapa).

Si triunfamos, un gran rally de motocicletas recorrerá estos 130 kilómetros en febrero.

Debemos probar que es posible. En la exploración motorizada más difícil realizada en nuestro país.

Pero, ¿qué diablos hago aquí? ¡Ni siquiera sé andar en motoneta!

PRIMERA VICTIMA

—¿No sabe andar en moto? Hum, malo, malo. Bueno, tiene quince días para aprender.

Eso dijo mi jefe.

Exactamente dos semanas después cargábamos cinco motocicletas en un avión de la Fuerza Aérea, en Punta Arenas, rumbo a Tierra del Fuego.

Descendemos en Pampa Guanaco, el último lugar de la isla con tintes de civilización. Nos espera *Reinaldo Catalán*, baqueano exclusivo de esta zona. *Don Cata* lo apodamos.

Al día siguiente el bullicio de escapes quiebra el silente amanecer patagónico. Las motocicletas, cargadas de bultos y herramientas, se bautizan en las pampas abiertas, rumbo al Sur.

Iniciamos la gran aventura.

La cordillera Darwin, avanzando desde el Oeste, dispara cordones que forman una ensalada de lagos, vallezuelos y nevados.

Hacia allá vamos.

Numerosos guanacos machos atisban elegantes desde cada cumbre. Vigilan sus tierras y hembras. Ostentan su belleza.

Entusiastas, sin sospechar el infierno cercano, alcanzamos el bosque.

Para caer hoy al lago Deseado, subiremos una montaña, verdé y luego cruzaremos alturas nevadas.

Parece fácil.

Primer tronco en el suelo. Acelero con decisión y estruendo.

Enloquece la rueda delantera; la trasera sigue a la vuelta □□□

IA CRUZAR...



PATOS METÁLICOS: Ricardo Astorga aferrado a su motocicleta, con más ganas que gallardía, cruza el lago Deseado convencido —aún— de que lograrían el triunfo.

□ □ Viene de la vuelta

tiembla; el vehículo tiritita y, finalmente, me cae encima.

Primer porrazo.

Empieza una interminable lista de machucones, algunos medio estúpidos. También, una práctica que jamás terminaría: empujar motocicletas.

La floresta aparece patinada de resbalosos barriales; incontables troncos obstaculizan el ascenso.

En tanto, casi dos kilómetros cerro arriba, don Cata, nuestro guía, llega de a caballo a instalar campamento fuera del bosque, cerca de las cumbres. Horas más abajo, nosotros transpiramos gasolina.

Y cae la primera víctima: la *Suzuki* de Alejandro Mansilla, camarógrafo, rompe su embrague.

Ahí queda.

Agotados, sólo la humeante fogata del campamento nos atrae.

Pedro de Aretxabala, el entusiasmo en persona, calcula alcanzar ¡hoy! el lago Deseado. Apenas hemos cruzado un bosque.

AMOR POR TELEVISION

Atregando las huellas y limpiando el bosque tal vez el rally pueda llegar hasta aquí. De Aretxabala postula, entusiasta:

—¡Extraordinario recorrido! Sin grandes problemas.

Don Cata ríe entredientes.

Disuelvo las sopas —fui nombrado cocinero— mientras el viejo habla de su vida:

—Trabajé veinte años en el lago

Fagnano, en una estancia. Cuando murió el dueño me quedé solo, sin nada.

Pequeño y regordete, moreno, ojos oscuros, risueño y lenguaraz.

—La gente cree que soy un salvaje mudo.

Después, no saben como callarme.

Exclusivo poblador en esta gigantesca área, cazó zorros y castores con sus manos.

“Cambíaba pieles por alimento a cualquier pesquero que acertaba pasar por la costa cada varios meses”. Deambuló los bosques y ríos aprendiendo el lenguaje de las nubes y el viento, las costumbres de cada ser vivo.

—Hasta que me pude hacer de animales, de casa, de herramientas.

Vendió, compró, viajó y soñó con una compañera. Dos veces conquistó Santiago, hasta que encontró esposa. “Me entrevistaron en televisión... y pedí mujer.

Después me llamó la Sara”.

Quince días más tarde, implantaba familia en sus tierras.

TRAMPA DEL BOSQUE

Amanece.

El camarógrafo Marcelo González y don Cata parten montados tironeando dos pilcheros, los caballos de carga. Alejandro Mansilla se lanza a pie. El resto, apuntamos nuestros manubrios hacia los nevados de Marcou, puntas de roca y nieve de unos mil

metros. Marcan el paso hacia el lago Deseado.

Ya manejo como un experto, sufro apenas un par de porrazos indolores al subir una escarpada de roca salta.

Don Cata nos previene:

—¡Apúrense! Si la neblina nos agarra, quedamos encerrados entre la nieve.

Nos agarra.

Aceleramos juntos, casi estanque contra estanque. A tientes, de cumbre en cumbre, cruzamos manchones de nieve; bajamos pedregales y al fin brotamos fuera del frío baño turco.

¡Allá está! Es el lago Deseado. Don Cata advierte que contengamos la alegría: “No crean que la bajada es buena, por eso el nombre del lago”.

Todos “desean” llegar luego.

La bajada es pésima.

Los coigües desaparecen, queda la lenga formando bosques ralos, brillantes, hermosos, desprovistos de vida animal y cargados de podredumbre. Hundirse en el agua es una cosa; en el barro, peor; pero en los sebosos troncos...

Trastabillan los caballos; nosotros avanzamos a porrazos. Mis compañeros bajan frenados y enganchados, sin motor; yo, frenado, enganchado, sin motor, y a pie, afirmando la motocicleta.

¡Dos kilómetros en seis horas!

Caigo cada dos metros, la motocicleta aprieta mis piernas, golpea mis rodillas. Llueve. Los caballos hace rato llegaron al lago y nuestro guía ya levanta fuego... Nosotros, formando yuntas, jalamos los vehículos del barro.

Estragos en el mío.

—El piñón de ataque —sentencia Claudio Bustamante.

Cae la noche, no podemos levantar un palo más. Mejor abandonar las motocicletas en el bosque y seguir a pie.

¿SEGUIR?

Pensamos que resulta imposible realizar el rally hasta el lago Deseado. Pedro de Aretxabala, no obstante, todavía esgrime esperanzas. Intenta destacar la importancia del viaje.

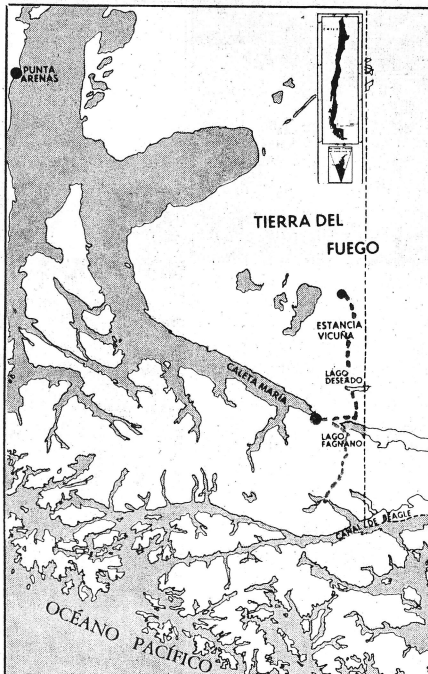
—A esta misma altura, en el lado argentino de Tierra del Fuego, está lleno de pueblos, caminos, ciudades, fábricas. En Chile, nada.

Apenas la maravilla patagónica, la belleza de bosques y tierras ignoradas.

—Un evento deportivo significa el comienzo de una conquista racional en esta gran región.

Esta zona, antes, explica De Aretxabala, fue gran productora de madera: la patagonia argentina se levantó con árboles chilenos. Una vez terminada la explotación, estas lejanías vuelven a quedar desiertas, renacen las lengas y coigües; la lluvia y el tiempo borran toda huella de civilización.

Rebrota nuestro entusiasmo.



RECORRIDO: Nueve días demoramos desde Estancia Vicuña a Caleta María, unos noventa kilómetros. Nuestra intención era alcanzar el Canal de Beagle. En rojo, la ruta recorrida; en azul, la por recorrer.

Mejora el panorama. Carpas secas, fuego, quáquer, sopa, café. Mañana será día de descanso.

Amanece soleado.

Corremos al bosque a rescatar nuestros vehículos.

Al regreso, abrimos huellas, cortamos árboles, movemos rocas. Un par de horas después, las motocicletas se integran al simulacro de campamento.

Claudio Bustamante repara el piñón. El sargento Renato Chandía aparece orondo con diez salmones de dos kilos cada uno, algunos de ellos capturados a mano. El lago Deseado bulle de peces.

Durante la tarde limpiamos varios kilómetros nuestra ruta del día siguiente por la ribera del lago.

Deliciosos salmones frescos asados, noche tranquila, sin frío ni lluvia.

Panorama ideal.

Pero un frente de mal tiempo se descuelga desde la Antártida; dentro de poco cubrirá esta tierra hasta hacernos sufrir la desesperación.

En seis horas orillamos el lago, las motocicletas siempre dentro del agua, a veces casi debajo. Mis compañeros siempre

sobre ellas; yo, a veces, debajo.

Y vuelve el bosque.

Con ruido filoso las motosierras despejan troncos y ramas. Con cuerdas y roldanas superamos los barrancos barrocos, moto por moto. Una cuesta de 200 metros toma entre tres y seis horas de trabajo.

Cae la noche y la tormenta.

EL CONCHO DE LA SOPA

Durante días azotamos el bosque. Cruzamos ríos que amenazan arrastrarnos. Hemos traspuesto un cordón de montañas, ahora enfrentamos otro que corta nuestra marcha hacia el lago Fagnano.

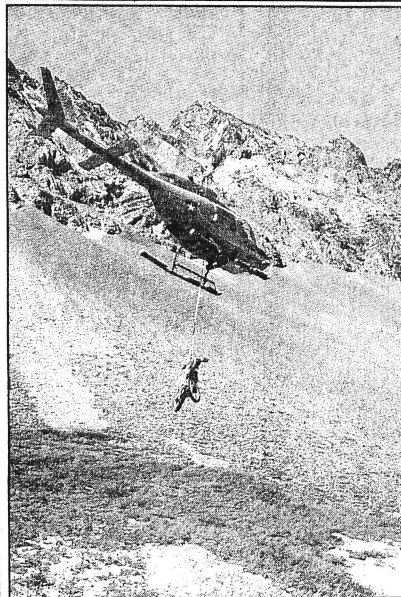
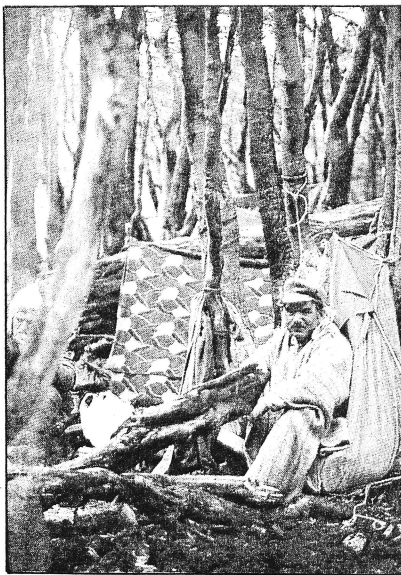
Gritamos continuamente para animarnos. Don Cata guía los caballos y usa el hacha con maestría. Pedro de Aretxabala viaja adelante, siempre alentando; Renato Chandía aporta la jovialidad, la talla precisa, la resistencia brutal, la ayuda oportuna.

Claudio Bustamante cabalga la motocicleta mejor que todos. Grita, levanta troncos, empuja y se arrepiente mil veces de haber venido.

Aventureros impulsados por la pasión de las motocicletas, muestran ansias por

BAQUEANO: Reinaldo Catalán, nuestro guía. Hombre del bosque, cazador, hijo de Tierra del Fuego por decisión y adopción.

EDÉN PROPIO: Junto al lago Deseado, de izquierda a derecha, Reinaldo Catalán, Ricardo Astorga, Pedro de Aretxabala y Claudio Bustamante.



PUNTO FINAL: Los castores nos vencieron, después que nosotros vencimos los bosques y montañas. No podemos continuar. La Armada organiza un rescate espectacular.

DE PUNTA: Empujar los vehículos barro arriba, bajo la lluvia y el follaje siempreverde, día tras día, fue la experiencia cotidiana.

nirar tierras. Sueñan con ser alguien que hizo algo.

Por la fama y la gloria.

Los camarógrafos resultan cuento aparte: Marcelo González viaja a caballo, eclama y sufre como nadie, pero continúa en rendirse. El otro, Alejandro Mansilla, amina cual zombi, casi no habla, débil, envejecido y flaco como vela. Pero siempre ras cada curva y cada subida peligrosa nos espera filmadora en mano.

Por mi parte, cocino, distribuyo alimentos, me aporreo y arrastro mi motocicleta.

El alimento, calculado para tres días, comienza a escasear. Las comunicaciones están cortadas.

Don Cata se preocupa, por el atraso y por nosotros:

—*Mal alimentados, no pueden llegar.*

Nunca almorzamos. Apenas un desayuno de leche y una comida de sopa. Lueve casi siempre. En las noches, junto al fuego, intentamos darnos ánimo con el agua cayendo como cascada desde el pelo, por el suelo, sobre todo el cuerpo.

Nada detiene la tormenta.

SIN PEDIR NO HAY ENGAÑO

En Punta Arenas, mensaje de Carabineros: "*Hace dos días perdimos comunicación con los expedicionarios. Enviamos helicóptero.*"

Horas después llega la respuesta del helicóptero: "*Imposible ubicar equipo, bosque impenetrable. La tormenta empeora minuto a minuto. Esperamos mejor tiempo para regresar.*"

Preocupación que toma carácter de alarma.

Nosotros, cada día, limpiamos el camino. Luego, ponemos primera y... a caer. Empujar y tirar. Avanzar más de un centenar de metros sin interrupción trae una sonrisa que relaja.

Nos quedan muchos días de viaje, tres paquetes de sopa, una bolsa de leche y algunos caramelos.

Alejandro Mansilla ha cargado su cámara durante demasiado tiempo, muestra una hipoglicemia que comienza a preocuparnos.

Todos aceptamos una realidad cierta: debemos terminar el viaje en Caleta María, resulta imposible realizar un rally en esta zona.

Pedro de Aretxabala admite:

—*El riesgo de perderse o accidentarse es demasiado grande.*

Ya van ocho días de aventura en una tierra difícil. Pero, al borde de las cumbres, nos espera la vista del lago Fagnano.

¡Llegamos, al fin! Y la mitad del camino está cerca: Caleta María. Nuestro cúter con provisiones, gasolina y repuestos debería estar llegando a ese punto.

(Sin embargo, en ese instante, el barquichuelo esperaba que amainara la tormenta, anclado en Punta Arenas. De allí, no zarparía jamás.)

RESCATE A DEDO

Ignorantes de todo, levantamos nuestro último y miserable campamento a pocos kilómetros del lago Fagnano, en medio de un aparrado bosque de lenga.

Atrás quedaron las motocicletas, sin gasolina.

De Aretxabala decide continuar con el guía unas seis horas a caballo, hasta caleta María, para traer provisiones y combustible. Nos queda leche, mate y una sopa.

Llueve sin compasión.

Al día siguiente sacamos nuestros

férreos vehículos del matorral, repartimos en vano los restos de gasolina de una a otra. Matamos el tiempo, sólo esperamos. Todo transpira agua: carpas, sacos de dormir, ropa. Una silenciosa alegría por haber superado buena parte de un desafío abismante, nos logra mantener activos.

Regresan De Aretxabala y don Cata a medianoche, con pésimas noticias.

—*No ha llegado el cúter. Estamos sin provisiones. Además, resulta imposible continuar en moto. Los castores inundaron el valle del Fagnano, apenas pasan los caballos.*

Termina nuestra expedición.

Hemos avanzado unos ochenta kilómetros sobre las motocicletas, ahora las dejaremos botadas, como muertas.

Avanzaremos hacia la costa, hasta la casa de don Cata, para organizar nuestra retirada.

Entristece dejar las motocicletas, han resistido todo: barro, piedras, lluvia, golpes, llegando hasta donde ningún otro vehículo motorizado podría alcanzar.

Amanece despejado, caluroso.

Casi nadamos al llegar al Fagnano.

Cientos de presas construidas por los castores, invisibles roedores, inundaron toda la posible ruta.

Caminamos satisfechos, pese al vacío en el estómago.

Inesperadamente, estalla el cielo.

Dos enormes matapijos metálicos aterrizan su estruendo frente a los inquietos caballos.

Nadie le hace asco a una ayudita así.

Con los pilotos de acuerdo, Pedro de Aretxabala vuela primero a rescatar las motocicletas. Más tarde, volaremos nosotros.

La barcaza *Rancagua* de la Armada espera frente a Caleta María con orden perentoria: rescatar la expedición.

Quedan atrás los bosques.

Hemos cruzado una de las regiones más hermosas que puede pavonear nuestro país. Pampas y bosques vírgenes, lagos repletos de salmones, ríos prístinos, cordilleras pintarrajeadas de blanco y negro.

Una tierra casi desconocida... Repentinamente decidimos. ¡El rally debe hacerse aquí! Recorrerá la misma senda, los barriles, ríos, montañas y bosques que nosotros hemos cruzado.

Buena forma de mostrar una tierra de ensueño a todos los chilenos.

Pedro de Aretxabala:

—*Conseguiré apoyo con ingenieros militares, la Armada, Carabineros. Con quien sea para mejorar una huella. Debemos dar a conocer esta maravilla ¡Haremos el rally más atractivo del mundo!*

Desde la costa, don Cata, rodeado por su leyenda y su familia, esboza una despedida. Está ileso, orgulloso.

Como nosotros. [EAD]